

El grito.

La mujer sola en el dormitorio con la recién muerta, amanece un abril sábado casi con dejadez, indiferente. La casa ensaya su papel de tanatorio, han sacado los muebles del pequeño cuarto, los han amontonado en otra habitación, la de matrimonio. Hay que hacer sitio para las visitas, serán muchas, ya han sido muchas desde ayer por la mañana.

Hace frío a pesar del edredón, un helor espeso que casi se puede masticar. El hermano mayor lleva un buen rato despierto pero no ha querido salir del refugio tibio de su cama. Le llega la respiración tranquila del hermano pequeño. Quince años uno, catorce el otro. Muy parecidos. Los hermanos.

El grito de la mujer pone en marcha este día. En la cocina están casi todos los miembros de la familia, desayunando, hablando sin levantar mucho la voz. Han pasado la noche en vela, cada uno la ha aguantado como ha podido, de vez en cuando una cabezada en un sillón o apoyados sobre una mesa, alguno incluso se ha tendido en el sofá de la salita. Son muchas horas oscuras. Es terrible esperar la muerte. La muerte de la madre, escasa, apagándose.

Las conversaciones se interrumpen, todos recordarán este momento, en la cocina se enfriarán las tostadas sobre la mesa, las tazas olvidadas, las sillas puestas en medio hasta que alguien se acuerde de colocarlas en su sitio. El grito llega desde el dormitorio, anunciando.

Una sobrina sola con la recién muerta, acaba de cesar la respiración, como si no tuviera la más mínima importancia. El pecho, viejo, cansado, se ha quedado quieto y la mujer lo ha visto. Ella tampoco olvidará nunca estos momentos, cuando su voz ha servido para terminar con la espera.

Ayer por la mañana, la hija apartó las mantas que cubrían el breve cuerpo de la anciana.

Las piernas amoratadas.

El teléfono para avisar al médico.

Lleva más de tres meses en cama, la mujer.

Ya no conoce a nadie, apenas emite alguna palabra descabalada, llama a gente que lleva cincuenta años muerta, a su madre, a su abuela, a un tío que murió en la guerra, fusilado, un tío del que casi nadie se acuerda desde hace siglos.

Llega el médico al poco rato, el diagnóstico es rápido, ha visto muchas veces ese tono en la piel.

No durará mucho, lo más probable es que no llegue a la noche

asegura con un tono de voz tranquilo.

Viernes, abril, y la hija avisa a sus hermanos, a su marido, a sus hijos. La anciana está muriéndose.

Dice el médico que no durará mucho susurra por teléfono, la voz entrecortada.

Le cuesta creerlo.

Le cuesta decirlo.

Viernes, abril, todos se ponen en camino. El marido

apenas tarda en llegar cinco minutos desde su trabajo. Los otros dos hijos de la muerta viven a una hora de carretera, estarán aquí antes del mediodía. A esperar que esa mujer, apenas fantasma de sí misma, deje de respirar.

Y será el sábado, amaneciendo, cuando se pare el corazón de la anciana. Y la sobrina grita, avisando. Todos corren al pequeño dormitorio apenas caldeado por una estufa eléctrica que ha estado toda la noche conectada, brillando de un modo irónico desde un rincón.

Un tropel de pasos por el pasillo, las voces que no saben qué decir, los cuerpos que se van amontonando en la pequeña habitación, la hija es la única que se acerca al cuerpo sin vida, la mano recorre el rostro, la boca abierta, los ojos de repente hundidos entre los pliegues de la piel viejísima. Ochenta años cumplió la muerta el pasado noviembre. Los primeros lloros, no demasiados. El nuevo día distinto ya para siempre, fecha que se dibujará en el mármol de una tumba. Hace frío.

El hermano mayor se levanta al oír el grito, despierta al otro muchacho tocándole en un hombro, sin decir nada. Salen los dos del dormitorio que comparten desde que la anciana vino a vivir a esta casa. Esa anciana ha muerto, pronto dejarán de dormir juntos. No saben si alegrarse por ello, los hermanos.

La sobrina sale del cuarto, llorando. Va a la cocina, llena un vaso de agua y se lo bebe despacio, intentando deshacer el nudo que le araña por dentro la garganta. Por supuesto, no lo consigue. Deja el vaso en el fregadero y empieza a recoger la mesa que han dejado a toda prisa los que ahora velan a la muerta. Tira las tostadas que nadie se ha comido al cubo del perro, debajo de la pila de lavar. Hace un gurrúño con las servilletas de papel usadas y lo arroja a la basura. Coloca las sillas